

la de no contar súbditos, y es la de no contar hijos. Oh filósofos, dominadores soberbios del espíritu humano, ¿dónde están vuestras ovejas, dónde están las almas que os aman con filial cariño? Yo soy jóven todavía, y sin embargo, ya he visto muchas almas en la mía, y han resbalado sobre mis mejillas muchas lágrimas del alma, y he estrechado á muchos amigos espirituales en mi seno de cristiano y de religioso. Jesucristo nos lo había prometido, cuando dijo: *Todo el que abandonare su casa, sus hermanos ó sus hermanas, ó sus padres, ó sus hijos, ó sus tierras por mí y por el Evangelio, encontrará casas, y hermanos y hermanas, y madres é hijos* (1). Oh filósofos que proclamais la supremacía de la razon humana sobre la razon católica, ¿dónde están vuestros hijos? ¿Dónde están las lágrimas enjugadas, las confesiones oídas, las mejoras de existencia, los consuelos emanados de vosotros? ¡Ah! aun cuando tuvierais súbditos, no teneis hijos; y donde falta la paternidad, ¿cómo ha de haber soberanía? Donde falta la soberanía, ¿cómo ha de haber supremacía?

(1) S. Marcos, cap. 10, vers. 29 y 30.

DISCURSO

Sobre la vocacion de la nacion francesa (1).

Dios formó los pueblos y les dividió la tierra, y fundó en su seno una sociedad universal é indivisible; Dios hizo la Francia y fundó la Iglesia. De tal modo, que todos pertenecemos á dos ciudades, estamos sometidos á dos poderes, y tenemos dos patrias; la ciudad eterna y la ciudad terrestre, el poder espiritual y el poder temporal, la patria del linaje y la patria de la fe. Y estas dos patrias, aunque distintas, no son enemigas la una de la otra; muy lejos de esto: ellas se hermanan como el alma y el cuerpo se hermanan; están unidas como el alma y el cuerpo están unidos; y así como el alma ama al cuerpo, aunque el cuerpo se rebela muchas veces contra ella, así la patria de la eternidad ama á la patria del tiempo y cuida de su conservacion, aunque esta no corresponda constantemente á su amor. Mas puede suceder que la ciudad humana se consagre á la ciudad divina, que un pueblo se honre de una alianza particular con la Iglesia: en este caso el amor de la Iglesia y el amor de la patria parecen no tener mas que un mismo objeto; el primero ensalza y santifica al segundo, y de los dos se forma una especie de patriotismo sobrenatural, de que S. Pablo nos ha dado el ejemplo y la expresion en estas sublimes palabras de su Epístola á los Romanos: *Yo digo la verdad en Cristo, yo no miento, y mi conciencia es testigo en el Espiritu Santo; yo tengo en el corazon una gran tristeza y un dolor que no cesa, porque yo deseaba ser separado de Cristo por el anatema, en favor de mis hermanos, que son mis parientes por la carne, que son israelitas, de quienes es la adopcion de los hijos, y la gloria, y el testamento, y la legislacion, y el servicio, y las promesas; de quienes son los padres, y de quienes descende Cristo por la carne, Cristo, Dios bendito sobre todas las cosas, en*

(1) Este discurso se pronunció en la iglesia de Nuestra Señora de París, el dia 14 de febrero de 1841, por la inauguracion de la Orden de Predicadores en Francia.

los siglos de los siglos (1). Era imposible expresar mas enérgicamente el amor patrio, hecho sobrenatural por la fe; y por lo demas, todos los profetas están llenos de estos rasgos patrióticos, desde David exclamando: *Señor, os levantaréis, tendréis piedad de Sion, porque ha llegado el tiempo de tener piedad de ella, porque sus piedras han agradado á vuestros servidores* (2); hasta Jesucristo, llorando á la vista de Jerusalem, y diciendo con un dolor tan piadoso: *¡ Ah, si tú hubieras conocido, aun en este dia, que es todavía el tuyo, lo que puede darte la paz* (3)!

Ahora, Señores, me propongo examinar ante vosotros hasta qué punto merece nuestro país un sentimiento semejante, hasta qué punto debemos amarle, no solamente como franceses, sino como cristianos. En la situacion general del mundo, no podrá tratarse sin importancia esta cuestion, y buscar, al considerar la historia y el siglo presente, cuál es el pueblo á quien mas debe la Iglesia en lo pasado, y de quién mas puede esperar en el porvenir. La esperanza es una virtud; y cuando del seno de Dios arroja sus vástagos por medio de la patria, su savia, por ser todavía mas dulce, no pierde su divinidad.

Largo tiempo hace, Señores, que Dios ha dispuesto de las naciones. El mismo dia, aquel eterno dia, en que decia á su Hijo: *Tú eres mi Hijo, yo te he engendrado hoy*; añadía inmediatamente: *Pídeme, y te daré las naciones por herencia* (4). De este modo el Hijo de Dios recibía á un mismo tiempo de su Padre la sustancia divina, y el dominio de las cosas creadas, la filiacion y el derecho de sucesion, segun estas palabras, que son de S. Pablo: *Dios nos ha hablado por su Hijo, á quien ha hecho el heredero de todo* (5). Y digámoslo de paso, en aquellos arcanos de la paternidad y heredad divinas se oculta el origen de la paternidad y derecho hereditario humanos, leyes misteriosas que, procediendo de tan alto, son mas fuertes que nosotros, y el fundamento mismo del orden humano.

Siendo las naciones, por toda la eternidad, el patrimonio del Hijo de Dios, ¿qué hará de ellas? Así como un buen propietario cultiva y fecundiza su tierra, antes de coger fruto de ella, el Hijo de Dios hecho hombre, y venido al mundo para visitar las naciones,

(1) Cap. 9, vers. 1 y sig. — (2) Salmo 101, vers. 14 y 15. — (3) S. Lucas, cap. 19, vers. 42. — (4) Salmo 1, vers. 7 y 8. — (5) Epistola á los Hebreos, cap. 1, vers. 2.

su patrimonio, les ha dado, antes de exigirles nada. Y hé aquí los dones que les ha hecho en cuanto á naciones.

Primeramente, el don del poder temporal, reservando para sí el poder espiritual. Pudo reservarse ambos, y gobernar directamente por sí mismo ó sus ministros las sociedades humanas; pero no quiso. Ha permitido á las naciones elegirse jefes, y regirse cada una por sus leyes y magistrados; y así como, segun la expresion de la Escritura, Dios habia *tratado al hombre con respeto* (1), dándole la libertad moral, ha tratado las naciones con respeto dándoles por su Hijo la libertad política. Andad, les ha dicho; estais en poder de vuestro consejo; teneis el cetro, herid con él la tierra, que ella sienta vuestra accion; sed el artífice de vuestros destinos sociales; mas acordaos que hay un límite en vuestra autoridad, y que al comunicaros el poder temporal, he reservado para mí el poder espiritual, no para privaros de él, pues que he elegido mis ministros entre vosotros, sino por temor de que abuseis de este doble poder, si hubiera cubierto la misma cabeza con la majestad del tiempo y la de la eternidad.

El segundo beneficio dispensado por el Hijo de Dios á su herencia, cuando vino á visitarla, ha sido una modificacion en la naturaleza del poder, ó mas bien la reduccion de este poder á su primitiva constitucion. Un dia estando los apóstoles reunidos en derredor del Salvador, nuestro Señor les dirigió estas bellas y amables palabras: *Vosotros sabeis que los príncipes de las naciones dominan sobre ellas, y que los mas grandes son aquellos que ejercen el poder á su respeto; no sucederá así entre vosotros. Que aquel de entre vosotros que quiere ser grande sea vuestro ministro, y que aquel que quiere ser el primero sea vuestro servidor, á semejanza del Hijo del hombre, que no ha venido para ser servido, sino para servir* (2). A empezar de aquel momento, el poder ha perdido el carácter de dominacion para elevarse al estado de servicio público, y el depositario del mas excelso cetro que hay en el mundo, el cetro espiritual, se ha llamado voluntariamente *el siervo de los siervos de Dios*.

Jesucristo habia regulado y dulcificado la soberanía. Quiso tambien regular y dulcificar las relaciones de los ciudadanos entre sí y de las naciones con las naciones. Declaró que los hombres eran

(1) Sabiduría, cap. 12, vers. 18. — (2) S. Mateo, cap. 20, vers. 25 y sig.

hermanos, y las naciones hermanas, *que ya no habia gentil ni judío, circunciso ni incircunciso, bárbaro ni escita, esclavo ni hombre libre* (1).

Hé aquí la carta, Señores, la gran carta, la eterna carta que el Hijo de Dios ha dado á las naciones al tomar posesion de su herencia. Jamás se irá mas lejos. Se tratará de negar estos principios; se tratará tambien de extraviarlos por consecuencias que no tienen: el espíritu de la dominacion y el espíritu de la licencia los combatirán á porfía, este como insuficiente, aquel como destructor de la majestad; pero esta doble enemistad será su fuerza y su justificacion. En cualquier pueblo que no retroceda á la barbarie, la soberanía será un servicio público limitado al orden temporal, y las relaciones de hombre á hombre y de nacion á nacion una relacion de fraternidad.

Al lado del beneficio se colocan ordinariamente las condiciones. Jesucristo habia favorecido á las naciones, y tenia derecho de pedirles culto á su vez. Este culto consistia en aceptar la ley de Dios propuesta á su libre albedrío, amarla, conservarla, defenderla, propagarla, hacer de ella el fondo de sus costumbres y de sus instituciones, usar de sus armas en caso necesario, no para imponerla, sino para preservarla y sacarla de la opresion, asegurando á todos los hombres el derecho de conocerla y de conformarse libremente con ella. La vocacion de un pueblo no era ya extender sus fronteras, con perjuicio de sus vecinos: esta habia sido la gloria de los pueblos paganos, del pueblo romano, el mas grande de todos; mas ¿qué gloria era esta? lágrimas y sangre. Tal gloria era digna de las razas que el cristianismo no habia tocado aun con su dedo. La vocacion de los cristianos era difundir la verdad, ilustrar las naciones menos adelantadas hácia Dios, llevarles, á costa de su trabajo y con riesgo de su vida, los bienes eternos, la fe, la justicia, la civilizacion. A este pensamiento mis entrañas de hombre se conmueven, yo reconozco un fin digno del cielo y de la tierra, de la intervencion de Dios y de la actividad del género humano, y estoy seguro, Señores, que nadie entre vosotros me contradice, aun cuando no sea creyente. Porque si el cristianismo ha dejado de ser vuestro Señor y vuestro instituidor, aun respira en vuestros sentimientos, aun eleva vuestra inteligencia; si no sois cristianos por lo que respecta á Dios, lo sois mas que nunca por lo que toca al hombre.

(1) S. Pablo, epist. á los Colosenses, cap. 3, vers. 11

¡Triste es el decirlo! Las naciones no aceptaron mas las condiciones que los beneficios del contrato que se les habia propuesto. Al mismo tiempo que ponderaban la soberanía, hasta el extremo de entregarle las cosas divinas, y que destruian la fraternidad por la esclavitud, oprimian tambien la verdad con la fábula, ensalzando en la historia aquellas famosas sociedades idólatras en que la guerra, la opresion y el error se disputaban el primer lugar en la deshonra de la humanidad. Viendo Dios á los pueblos alejarse de él, eligió uno entre ellos, le formó por sí mismo, anunciando al primero de sus antepasados, el grande Abrahan, que todas las naciones serian bendecidas en él, á fin de que su posteridad no se creyese la única amada. Mas este pueblo que Dios habia formado, que habia sacado de la esclavitud, al cual habia dado leyes, preparado un territorio, cuyo templo habia diseñado, y consagrado los sacerdotes, este pueblo fué infiel á su vocacion; despues de haber apedreado de siglos en siglos á los profetas del Señor, cuando el Señor vino, cuando la verdad viva apareció sobre la tierra, se levantó como Cain, y puso entre Dios y él un abismo de sangre, abdicando por este crimen el honor supremo de haber sido la primera nacion consagrada á la defensa, á la conservacion y á la propagacion de la verdad.

Entre tanto se difunde el cristianismo por el universo, invade el imperio romano; tres siglos de persecuciones no hacen mas que acrecentar su fuerza: coloea á Constantino sobre el trono, y Constantino lo asocia á la majestad soberana que ha recibido de él. Sin embargo, cerca de doscientos años despues de Constantino aun no habia en el mundo una nacion cristiana. El imperio estaba formado de veinte razas distintas, unidas por un lazo administrativo, pero separadas por sus recuerdos y sus costumbres, y en el seno de las cuales el arrianismo, herejía fecunda y vivaz, habia arrojado un nuevo gérmen de discordia. Los pueblos bárbaros, que desde cerca ponian en conflicto al imperio romano con una codicia siempre en aumento, estaban entregados á la idolatría ó subyugados por el arrianismo, que habia encontrado el secreto de penetrar hasta ellos. Ahora escuchad lo que Dios hizo. No lejos de los bordes del Rin, daba un caudillo bárbaro una batalla á otros bárbaros; sus tropas retroceden, y acuérdase en el peligro que su mujer adora á un Dios cuyo poder le ha ponderado. Invoca á este Dios, y habiendo seguido á su oracion la victoria, corre á prosternarse ante el ministro del Dios de Clotilde: « Dulce Sicambro, le dijo S. Remigio, adora lo que has quemado, y quema lo que has adorado. » Aquel Dios, Seño-

res, era Cristo; aquel rey, aquella reina, aquel obispo, aquella victoria, era la nacion francesa, y la nacion francesa era la primera nacion católica dada por Dios á su Iglesia. No soy yo el que establezco esta magnífica alabanza á mi patria; sino el pontificado, á quien plugo, por justicia, llamar á nuestros reyes *hijos primogénitos de la Iglesia*. Del mismo modo que Dios ha dicho á su Hijo por toda la eternidad: Tú eres mi primogénito; la Santa Sede ha dicho á la Francia: Tú eres mi primogénita. Ha hecho mas, si es posible; con el fin de expresar mas enérgicamente lo que de nosotros pensaba, ha creado un barbarismo sublime, ha llamado á la Francia el *Reino cristianísimo*, — *christianissimum regnum*. Así, primogenitura en la fe, excelencia en la fe, tales son nuestros títulos, tal era nuestra vocacion.

¿Y hemos correspondido? Porque no basta ser llamados, es preciso corresponder á la vocacion. ¿Hemos correspondido á la nuestra? Esto es preguntar lo que nuestra patria ha hecho por Jesucristo y su Iglesia.

La Iglesia ha corrido tres grandes peligros: el arrianismo, el mahometismo y el protestantismo; Arrio, Mahoma y Lutero, los tres grandes hombres del error, si es que puede llamarse grande un hombre que se equivoca contra Dios.

El arrianismo puso en duda el fondo mismo del cristianismo, porque negaba la divinidad de Jesucristo, y la divinidad de Jesucristo es todo el cristianismo. Si, en efecto, el arrianismo dice la verdad, Jesucristo no es ya mas que un grande hombre que ha tenido ideas, y que ha muerto por sus ideas. Ahora bien, está visto, y para el honor de la humanidad se verá todavía, que esta es la historia de Sócrates. Pero morir Dios, que no puede morir, que tiene la omnipotencia para hacer reinar sus ideas; morir con el fin de suscitar el amor en los corazones, hé aquí lo que no hacen los hombres, lo que Jesucristo ha hecho, y lo que constituye el misterio del cristianismo, misterio nacido del amor, para producir el amor. Arrio estuvo sostenido en su herejía por el racionalismo y el espíritu cortesano: el racionalismo, que naturalmente se conformaba con una filosofía sustituida á un Dios; el espíritu cortesano, que estaba espantado de la cruz, y que, al trasportarla de un Dios á un hombre, creía alejar de sus viles hombros la ruda carga. El racionalismo prestó á los arrianos el apoyo de una lógica sutil; el espíritu cortesano, la doble fuerza de la intriga y de la violencia. Esta combinacion puso á la Iglesia á dos dedos de su ruina, si to-

avía es lícito usar de tales expresiones, no juzgar las cosas sino superficialmente, olvidar que el cristianismo tiene en sí un poder infinito de dilatacion, y que lo conserva siempre, aun cuando la débil vista del hombre lo crea aniquilado, como si en la invisible unidad del punto matemático no pudieran contenerse mundos. Pero, dejando aparte expresiones que puedan hacer dudar de la inmortalidad de la Iglesia, lo cierto es que el arrianismo hizo un inmenso partido, y que despues de haber corrompido una parte del Oriente, amenazaba al Occidente por medio de los Bárbaros, que, llevando allí sus armas, llevaban tambien sus ideas. Entonces nuestro abuelo Clóvis, despues de haber sido bautizado por Remigio, venció y arrojó ante sí los pueblos bárbaros, asegurando de este modo en el Occidente el triunfo de la verdadera fe.

Estando ya en su decadencia el arrianismo, apareció Mahoma, quien volvió á levantar las ideas de Arrio con la punta de la cimitarra. Quiso reconocer que Jesucristo era un gran profeta; pero, así como su predecesor, negaba su divinidad. Parecióle que Arrio no habia dado bastante campo á la corrupcion, y él le dió mas; y no debiendo este medio ser suficiente para la conversion del universo, recurrió á las armas. Muy luego se vió al mahometismo atacar, por todos puntos á un tiempo, á la cristiandad. ¿Quién le detuvo en los campos de Poitiers? Otro de nuestros abuelos, Cárlos Martel. Y mas tarde, cuando el peligro no hacia mas que acrecentarse con los siglos, ¿quién pensó reunir la Europa en torno de la cruz, para arrojarla sobre aquel indomable enemigo? ¿Quién tuvo la primera idea de las cruzadas? Un papa francés, Silvestre II. ¿Dónde fueron primeramente inauguradas? En un consejo nacional, en Clermont; en una asamblea nacional, en Vezelay. Sabeis lo demás que sucedió en aquellos dos siglos caballerescos, en que tuvimos la mayor parte en la sangre y en la gloria, y que coronó gloriamente S. Luis muriendo en las costas africanas.

Despues de estas dos vergonzosas derrotas, comprendió el demonio que nunca llegaria á conseguir su fin atacando directamente á Jesucristo. Porque Jesucristo y el Evangelio es la misma cosa, y el Evangelio marcha demasiado rectamente al corazon del hombre, para esperar destronarle de él. Mas la Iglesia ya no es Jesucristo sino indirectamente; ella está compuesta de hombres sujetos á las debilidades y pasiones de la humanidad: quizás se podia por este lado humano arruinar la obra divina. Vino Lutero al mundo; á su voz la Alemania y la Inglaterra se separaron de la Iglesia, y